

Casi todos estos sepulcros han sido registrados: una parte de ellos ha sido llevada por los habitantes de Crau para hacer pilas y bebederos de losa: hay otros cuyas tapas han sido utilizadas y están abiertos y vacíos. Algunos de estos muestran todavía la separación de piedra que impedía al marido y la mujer, aunque colocados en el mismo sepulcro, confundir jamás sus huesos.

En fin, de distancia en distancia, resonando el suelo bajo los pies que lo pisan, prueban que al lado de aquellos profanados sepulcros quedan otros vírgenes é intactos á que no ha llegado todavía ni la curiosidad ni la avaricia.

El museo de Arlés, al que el de París ha arrebatado su obra maestra, la Venus del Espejo, se ha enriquecido con los despojos de otros monumentos: todos le han suministrado su contingente de ruinas; pero la mas rica cosecha ha venido del campo de la Muerte. Allí hay una colección de sepulcros del Bajo Imperio, rica como ninguna otra, y cuyos bajos relieves pueden servir para la historia de la decadencia del arte. Los mas antiguos me han parecido remontarse á principios del IV siglo.

El gobierno ha concedido 700,000 francos por año para las escavaciones de Arlés: mejor sería enviar allí un prefecto artista, y poner á su disposición un batallón de peones. Tenemos un ejército de cuatrocientos mil hombres, y de estos trecientos cincuenta mil están descansando. ¿No podría sin inconveniente grave distraerse quinientos en limpiar y desembarazar la nueva Pompeya?

Es curioso además pasearse al rededor de las murallas de Arlés: el recinto de las murallas es casi un segundo Museo. De veinte en veinte pasos se encuentra incrustado en el muro un fragmento, un resto del chapitel. Por todas partes donde los romanos habían alzado monumentos, se han edificado ciudades con sus iglesias y sus murallas, y sin embargo, apenas se ve que les falten algunas piedras de estas gigantescas construcciones.

Uno de los tres días que pasamos en Arlés era día de fiesta, ó mas bien de mercado; habia una feria de carneros. Ciento veinticinco ó ciento treinta mil ovejas bajadas á las llanuras de la Crau, estaban empaquetadas al pie de las murallas del Mediodía. Esta circunstancia bastante indiferente en si misma, tuvo para mi curiosidad de viagero un excelente resultado. Fué el de hacer salir de sus casas y con sus vestidos de fiesta, las arlesianas, que no habia visto todavía mas que en la fuente, ó hilando á las puertas de sus casas. Hacia las tres ó las cuatro de la tarde, abandonando el boulevard exterior á los elegantes y petimetres de la ciudad, se derramaron por las calles, del brazo, en grupos de siete á ocho muchachas, deteniéndose de puerta en puerta para charlar formando ruidosos y alegres grupos. Su reputación de belleza es bastante merecida, y no

solamente son bellas, sino que tienen gracia y noble porte.

Sus facciones son de una estremada delicadeza, y pertenecen sobre todo al tipo griego: generalmente tienen cabellos negros, ojos aterciopelados como no los he visto sino á las indias y á las árabes. De tiempo en tiempo en medio de un grupo jónico pasa de repente una jóven marcada con el tipo sarraceno, con sus grandes ojos, su color moreno, su talle flexible y su pie de niño: ó una mujer corpulenta, de sangre gala, cabellos rubios, ojos azules, andar grave y tranquilo como el de una antigua druidesa. Casi todas son frescas y expansivas como holandesas; pero la humedad del clima, que á los treinta años ajaria su belleza de un día, les da el aspecto blanco y sonrosado que tienen las flores que adornan los rios, y las márgenes de las lagunas.

Desgraciadamente para el pintor y el poeta que van buscando lo hermoso y lo pintoresco aquellas graciosas hijas de Vellobese, de Euxene, de Constantino y de Abderraman, han perdido una parte de su encanto el día en que han renunciado al traje nacional, que reasumiendo para ellas todo lo pasado se componia de la túnica corta de las jóvenes doncellas espartanas, el corpiño y la negra mantilla de las españolas, del zapatito con hebilla de las romanas, del peinado estrecho de Anubis y del ancho brazaletes gaula. De todo este pintoresco vestido, las arlesianas no han conservado mas que su antiguo y original peinado, que por desproporcionado que aparezca con el talle largo y la manga de jamon, no deja de dar á su rostro una fisonomía enteramente particular, que sus amantes están lejos de tener. Los arlesianos nada tienen de notable, así se dice generalmente, los hombres de Tarascon y las mugeres de Arlés, como se dice, las romanas y los napolitanos.

¿No es mas notable que del traje nacional lo último que se ha abandonado sea el peinado? En todos los puertos de mar del Mediodía se encuentran por las calles una multitud de turcos y de griegos, que han adoptado los fraes y los pantalones, y han conservado obstinadamente el turbante. Los embajadores mismos de la Sublime Puerta nos ofrecen todos los días esta singular anomalía, presentándose en nuestros salones y en nuestros teatros con el vestido francés, y la cabeza cubierta con el gorro griego como botellas de vino de Burdeos.

Cuando la ciudad de las antiguas ruinas cesa de estar galvanizada por alguna función, ó por un mercado, vuelve á acostarse en su polvo romano; mas bien semejante á una tienda militar colocada á la orilla de un rio por una colonia errante y cansada, que á una ciudad viva. Arlés fué una casa de campo imperial, y no una ciudad soberana.

Embellorada y decorada por fantasía, aban-

LOS BAUX.

Entretanto á algunas leguas de Arlés se hallaba una ciudad todavía mas triste, todavía mas solitaria, todavía mas muerta que su metrópoli. El traductor de Byron, el autor de Carlos Eduardo, esa sola celebridad literaria que ha producido Arlés, ¹ había recomendado mucho que no pasase por su ciudad natal sin á hacer una escursión á aquella antigua corte de amor de la Provenza, que dió podestás á Arlés, príncipes á Orange, shtatouers al Haya, y reyes á Amsterdam y á Londres. En consecuencia, tan pronto como hubimos visitado todo lo que hay de notable en Arlés nos encaminamos hácia los Baux.

El camino se halla en armonía con el sitio á que conduce, costeano el pequeño y grande estanque de Peluca. Acompaña algun tiempo un acueducto romano que toma su nacimiento en una montaña cerca de Orgon, atraviesa el camino de Aix, un poco mas arriba de Elsemar, pasa al lado de San Remi, y viene á perderse en las inmediaciones y alrededores de Arlés. Nos engolfamos con él en una especie de desierto de juncos y cañaverales, cuyo pantanoso suelo parece el lecho de un antiguo estanque. Abandonamos el acueducto de Arlés para seguir el de Barbe-gal. Despues nos metimos en montañas tan tristes como las desoladas llanuras que acabamos de dejar. Por último, en Maussana nos invitaron á tomar alguna cosa, en atención á que no encontraríamos absolutamente nada que comer ni en Marville, ni en Baux.

A una media legua de Maussana, al doblar una montaña, comenzamos á divisar desde lo alto de una roca en medio de un desnudo y rojizo paisaje la ciudad que íbamos á visitar. Tomamos un escarpado sendero que sube dando vueltas, y nos adelantamos sin ver nada de lo que anuncia la proximidad de un sitio destinado á los hombres, sin oír ni aun el soplo de aquella inmensa respiración que revela la existencia de una ciudad: es que en efecto han desaparecido los hombres, y la pobre ciudad está muerta: muerta de abandono, muerta de consunción, muerta de hambre, porque un camino que conducía de Orgon á Arlés, y que era la arteria que llevaba la sangre á su corazón, se ha alejado de ella ó perdido cuando ha comenzado á apagarse el esplendor de la Provenza, y entonces le ha faltado todo para vivir, cual á la jóven que vivía por el amor, y cuyo amor le ha sido retirado.

Entonces poco á poco una parte de los habitantes, cansada de la soledad, se ha alejado para ir á habitar á Orgon, á Tarascon, ó á donada despues por capricho, esta cortesana real, no ha tenido desde hace cinco siglos un motivo suficiente de vitalidad. Su posición sobre el Ródano, fuente de riqueza para ella cuando sus muros encerraban un magnífico emperador, ó un rey guerrero, no tiene ya objeto ninguno ahora que no es mas que una ciudad de tercer orden.

Bajo la república y el imperio, Arlés volvió á tomar una vida facticia y momentánea: porque rechazando el comercio de los mares, refluyó en los rios, y de esportativo que era, se hizo interior: así como en Avignon todo lo que es marino, mozo de carga, empleados de las puertas, es republicano, mientras que por el contrario los nobles, los tenderos y los labradores son generalmente carlistas. En estas dos opiniones se divide la ciudad. Como en todas partes la ciudad alta que ha comenzado por tener un aire feudal, mientras que la ciudad baja, cuyas cabañas primitivas han venido á agruparse alrededor del palacio, y poco á poco se han cambiado en casas, acordándose de su origen popular, es casi enteramente demócrata.

Arlés que de retrograda se habia convertido en estacionaria, comienza, sin embargo, á marchar hoy; pero lentamente todavía con paso embarazado, y mas con la debilidad de la vejez que con la incertidumbre de la infancia. Aun que con una población de diez y ocho mil almas, no tiene mas que una tienda de modas que no puede sostenerse con su comercio, y una librería, hace solo cinco años que no se mantiene sino con el auxilio de las casas de Aix y de Marsella. Antes los únicos libros que allí se vendían eran ejercicios cotidianos y libros de oraciones que traían los libreros ambulantes de las ferias.

Así Arlés en nuestra opinion, no debe considerarse como una ciudad viva, si no como una ciudad muerta: todo cuanto pudiera hacerse para reanimar su industria y su comercio sería cosa perdida ó inútil: es una peregrinación de artista y de poeta, y no una parada de comerciante ó de viagero. Jamás los reyes de Nápoles han intentado volver á poblar á Herculanum y Pompeya, y han hecho bien: un sepulcro solo es poético cuando está mudo: su mayor solemnidad procede de su licencia y de su soledad.

Arlés: la otra, fiel y religiosa al paterno techo, se ha consumido allí en el aislamiento. Ninguno ha venido, ni á reemplazar á los desterrados, ni á suceder á los muertos, y la ciudad sin habitantes ha concluido por quedar sola en pie, y parecida á una mendiga que llora y pide limosna en la orilla de un camino.

A la mitad de la subida encontramos una cruz, avanzado centinela del sepulcro: la destruccion se habia extendido sobre el símbolo de la redencion eterna como sobre los objetos mortales que rodeaban: las dos piernas del Cristo estaban rotas, y colgando uno de sus brazos de marfil, de uno de los brazos de hierro de la cruz.

A algunos pasos mas allá dimos vuelta á un nuevo ángulo, y nos encontramos enfrente de la puerta baja de la ciudad: las dos hojas de madera habian sido arrancadas para quemarlas, sin duda, y los goznes de hierro arrancados por algun gitano para venderlos. Entramos en la calle: puertas y ventanas se hallaban abiertas. Vimos casas, cuyo portal, sostenido por columnas del renacimiento, se hallaba adornado por un escudo de baron: vimos hospitales donde no habia ni dependientes ni enfermos, ni gemidos, ni últimos suspiros: vimos un antiguo castillo abierto en la roca en memoria sin duda de estas palabras evangélicas: ¡feliz el hombre que ha edificado su casa sobre la roca!

Pero la roca redondeada en torres, cortada en habitaciones, ahondada en poternas, habia faltado por su base, y el castillo monolito habia caido entero en una pieza, cual si las manos de un gigante le hubiesen arrancado.

La única cosa que se conservaba casi intacta era el cementerio. Cerca del castillo, sobre una llanura que domina todo el valle, se han abierto en la piedra calcárea centenares de sepulcros de diferentes tamaños y destinados á todas las edades: allí los hay para el hijo y para la madre, para el anciano y para el niño. Estos sepulcros, ¿una mano sacrilega les ha levantado la tapa y dispersado los huesos, ó están vírgenes todavía? Y el enterrador, mas pródigo que avara ha sido la muerte, ¿le ha dado todos estos sepulcros precisamente en el momento en que no debia hallar cadáveres que tender en ellos?

Me senté inmediato á aquel extraño cementerio con los pies colgando en un sepulcro, y clavé los ojos sobre aquella ciudad extraordinaria, habitable y que no está habitada, muerta conservando las apariencias de la vida, en fin, semejante á un difunto vestido con su traje, de pie y con colorete. Entonces me sobrevino una de esas tristezas profundas é íntimas, mas melancólicas que las que tienen lágrimas, mas elocuentes que las que tienen palabras, mas desgarradoras que las que

Sacóme de ella de repente el sonido de una campana. Me levanté cual un hombre que abre los ojos tratando de explicarse el sueño en que continúa despues de despierto; pero mi guia no pudo darme la explicacion, y me fué preciso ir á buscarla en su origen. Me encaminé, pues, hácia la iglesia. La puerta estaba abierta como todas las demas puertas: subí una decena de escalones que conducen á su peristilo: entré. Despues de haber en vano intentado mojar mis dedos en su pila de agua bendita, seca, y cual si Dios hubiera querido inundarme en un solo dia con todas las poesías de la muerte, se vino á ofrecer á mis ojos el espectáculo mas triste que puede verse.

A los pies del altar, en un ataúd descubierto, con la frente ceñida de una blanca corona, con las manos cruzadas sobre el pecho, se hallaba tendida una niña de nueve á diez años. A los dos lados del féretro se hallaban de rodillas sus dos hermanas: en un rincón lloraba su madre, y el hermano tocaba el mismo la campana para llamar á Dios á aquella fúnebre ceremonia donde faltaba el sacerdote.

Una docena de mendigos, que forman toda la poblacion de Baux, se hallaban dispersos en el resto de la iglesia.

No hubo misa por la salvacion del alma de aquella pobre niña: no hubo mas que oraciones rezadas, suspiros y sollozos: despues, cuatro pobres que se habian puesto sus mejores vestidos para aquella fúnebre solemnidad, cogieron el ataúd, y acompañados del resto de la comitiva salieron de la iglesia, se encaminaron hácia la alta ciudad, y entrando en el hospital y aproximándose á un sepulcro abierto colocaron el ataúd al lado de él. Inmediatamente se acercó la madre; abrazó todavía una vez á su hija: las dos hermanitas hicieron otro tanto; despues el hermano, que era el último, volvió á tapar la cara de la muerta. Entonces cogió un hombre de detras de una piedra un martillo, clavos y una tabla, y clavó la tapa de la caja; despues la bajaron al foso. Rodó la tierra encima con aquel ruido cuyo profundo eco resuena en la eternidad, y cuando cayó sobre la caja la última palada de tierra, las jóvenes se aproximaron y arrojaron sobre el sepulcro ramos de flores blancas, que habian cogido en los alrededores. Yo no tenia ramo: arrojé mi bolsillo. Uno de los mendigos lo cogió y lo presentó á la madre, que no me dió las gracias, pero lloró mas fuertemente.

Salí del hospital. Delante de su fachada, que es de la época del renacimiento, cuyo entablamento se viene abajo á pesar de las nueve columnas que lo sostienen, se estiende una plataforma, desde la que se abarca una inmensa perspectiva: al Sur, el mar azulado é inmenso manchado de velas blancas, al Levante, la llanura en donde Mario batió los *cimbros-teutones*, dominada por el monte *Victoria*, sobre el que alzó los trofeos reco-

gidos en el campo de batalla: al Norte y al Occidente el hospital y la ciudad.

Era como se ve una hermosa é inmensa perspectiva, enmedio de la cual se alzaba un inmenso recuerdo. El genio de Roma habia tenido allí una de sus mas hermosas funciones; doscientos mil bárbaros tendidos en aquel valle le habian servido de hecatombe: y sus cadáveres dejados allí insepultos, lavados por la lluvia, tostados por el sol, se descompusieron lentamente sobre aquella tierra que debió á la corrupcion de sus fétidos destrozos su nombre antiguo de *Campi putridi*, y su nombre moderno de *Pudridero*. Pero bien pronto reparó la naturaleza todos aquellos desastres; el suelo hizo brotar allí donde tan largo tiempo habia estado abonado, poderosas plantas y las mas ricas espigas; y cuando se hubo cogido la mies no quedó mas sobre aquel campo que habia sido el cementerio de un pueblo, que inmensidad de huesos emblanquecidos, de los cuales los labradores hicieron pálidas cercas para sus viñas.

Otro dia, en otro momento, tal vez hubiera bajado yo desde mi roca á aquella llanura: hubiera caminado hasta que hubiera encontrado los rios de *Canus*; despues hubiera buscado sobre la santa montaña, que el marinero provenzal de pie sobre el puente de su navío enseña desde lejos á los viajeros, los restos de aquella pirámide donde energicos bajos relieves representaban á Mario de pie sobre escudos llevado por sus soldados, y proclamado *Imperator ó general*. Me hubiera hecho contar por algun labriego como un suceso de la vispera, aquella batalla que cuenta de fecha dos mil años. Me hubiera dicho, tan presentes están en los lugares en que debieran verificarse las tradiciones de aquella gran derrota, como el general romano llevaba consigo una profetisa siria llamada *Marta*, en honor de la cual dió su nombre á la aldea de *Martigues*, y que la vispera de la batalla habian recorrido en una dorada litera las filas del ejército, al que habia prometido la victoria. Me hubiera indicado el punto en que Mario dijo á sus soldados muertos de sed y que le pedian de beber, enseñándoles el rio ante el que se hallaban formados sus enemigos: sois hombres, allí hay agua: y como los soldados bebieron ansiosamente aquella misma tarde aquella agua enrojecida y ensangrentada: en fin, me hubiera contado aquella fiesta que se perpetuó en el pais en recuerdo de aquella victoria: de modo que cuando llegaba el mes de mayo todos los años vejase acudir al templo edificado por Mario las poblaciones vecinas, y entrar en la casa pagana una procesion de cristianos y de cristianas llevando estandartes adornados de la cruz, y coronados los hombres con ramos de árboles en señal de triunfo, y las mugeres con guirnaldas de flores en señal de fiesta. Despues, sobre algunos ruinosos muros de la

aldea del *Pudridero*, me hubiera hecho ver las armas del ayuntamiento, que hasta la revolucion fueron un general romano llevado sobre el escudo de dos soldados.

Entonces tenia yo otro pensamiento: no era en la muerte de un ejército, ni en el sepulcro de un pueblo en lo que se ocupaba mi alma, no veia sino la muerte de una mendiga y el sepulcro de una niña: tanto que me dieron ganas, no de ir á buscar poesia ó historia sobre el campo mismo de batalla, sino recogimiento y religion en aquella pequeña iglesia. Dirigime, pues, hácia ella, y la encontré vacía y silenciosa. Busqué el rincón mas oscuro, y apoyándome sobre una columna caí en una de esas santas meditaciones que cuando faltan las palabras á los labios se convierten en la oracion del corazón.

No sé cuánto tiempo permaneci en aquel vértigo religioso, al que soy tan propenso que en la Cartuja de Grenoble y en los Capuchinos de Siracusa me sucedió abandonar precipitadamente aquellos santos altares, porque me sentia dispuesto á precipitarme en el claustro; pero debí haber permanecido mucho tiempo, porque me desperté de aquella especie de éxtasis cuando mi guia vino á decirme que habia llegado la noche, y que por consecuencia era tiempo de volver á Arlés.

En el momento de salir de aquella iglesia me entró el deseo de llevarme alguna cosa. Así sucede en las profundas emociones que experimentamos: en el momento en que nos poseen y nos estrechan deseamos perpetuarlas, y comprendemos que el único medio de conseguir este objeto es reavivarlas por la vista de un objeto que nos las recuerde, tan débil sentimos nuestro corazón para conservar en él solo un recuerdo, pero al mismo tiempo pensé que aquel robo religioso cometido en una iglesia, por puro que pudiese ser á los ojos de Dios, que conocia con qué intencion íntima y piadosa lo cometia, no dejaba por eso de ser un robo hecho en la casa del Señor, y por consecuencia un sacrilegio. Ocurrióme entonces un pensamiento que conciliaba mi deseo con mis remordimientos, y era el de dejar en lugar de la cosa que cogiese un valor cuádruplo, de que se aprovecharia el primer pobre que viniese á orar. Puse entonces la mano sobre un cantito de madera bastante mohoso; pero al buscar en mi faltriquera y encontrarla vacía, me recordé que habia dado mi bolsillo á la madre de la pobrecita mendiga que habia visto enterrar. Iba á volver á poner mi santo otra vez sobre el altar cuando el aspecto de mi guia me sacó de mi perplejidad. Le pregunté si llevaba dinero consigo; me dió diez francos; era cuanto poseia. Los puse en lugar de la pequeña estatua, y aunque poco asegurado por aquel cambio, me la llevé ya con menos temor.

Ahora, ¿debo pasar de la religion á la confesion? ¿Debo, á riesgo de suscitar sobre los

labios de algunos de mis lectores la desdeñosa y despreciativa sonrisa de la filosofía volteriana, contar á todos lo que no debería decir, tal vez, sino á un sacerdote? Si, porque algunos espíritus religiosos me comprenderán: además, toda autopsia es curiosa, y sobre todo la que se hace sobre un cuerpo vivo.

He dicho que gracias á diez francos que habia dejado en su lugar, me habia llevado el santo con menos temor. Sin embargo, esta especie de compra estaba muy lejos de tranquilizarme, sea que esta serie de objetos que se habian desde por la mañana desarrollado ante mis ojos, sea que aquella ceremonia sencilla, pero profundamente triste, que habia llegado hasta mi corazón hubiese exaltado mi espíritu, y que mi espíritu se hubiese debilitado con su misma exaltación: salí de la iglesia testigo de mi acción—no sé como calificar la cosa, sin embargo, inocente—con un gran terror del alma.

La noche, que avanzaba rápidamente, contribuía todavía á aumentar aquella incalificable impresión. Bajé con mi guía el camino que conduce á Maussana, y llegué á aquella aldea sin haberle hablado ni una palabra.

Nuestro carruaje nos aguardaba allí. Boyer enganchó el caballo. Durante este tiempo vi mi escopeta que habia dejado por la mañana en la chimenea, y temiendo un accidente, que no hubiera temido en cualquier otra circunstancia, no quise llevarla cargada por miedo de que con los vaivenes del cabriolé no saliese el tiro, y salí en consecuencia al jardín para dispararla al aire; pero en el momento en que la cogía me ocurrió la idea, por la primera vez acaso, á mi, cazador desde niño, de que podían reventarse los cañones y llevarme una mano. Me rei de esta idea, me eché la escopeta á la cara, toqué al gatillo, pero no salió el tiro: no estaba montada la llave. Creí una advertencia en esta circunstancia; descargué con mi saca-trapos mi escopeta, saqué mis dos cartuchos de los cañones; los metí en mi moral y entré en la cocina.

Allí encontré á Boyer que habia concluido su operación. Caballo y carruaje aguardaban á la puerta. Salí para subir en el carruaje, pero en el momento de poner el pie en el estribo me volvieron á asaltar mis temores supersticiosos: pensé en el camino rodeado de precipicios que íbamos á recorrer: pensé, como habia pensado á propósito de mi escopeta, que si la acción que habia cometido era mala Dios podía castigarme de un modo en lugar de otro: y no queriendo tentarle, hice seña al cabriolé de que se marchase delante, y yo le seguí á pié detrás. De tiempo en tiempo, Boyer que no comprendía nada de aquel modo de caminar á pié cuando podía ir perezosamente en carruaje, se detenía y me

preguntaba si no queria subir. Constantemente le respondí que nó; y sin embargo, me hallaba cansado, mas por las emociones que por el viage, y mas moral que físicamente.

¿Nos equivocamos de camino en San Martín ó en Fonvielle? No lo sé; de modo que en lugar de volver por el gran Barbeigal volvimos por el Castelet. Nos metimos en una especie de bosquecillo, donde apenas habíamos andado un cuarto de legua, cuando al subir á una altura me encontré cerca de una ruina.

Boyer me dijo que aquella era la *Abadía de Mont-mayor*, de que hemos hablado en nuestro compendio histórico sobre Arlés. Visto de noche aquel monumento era magnífico, y la claridad de la luna era bastante grande para que se pudiesen distinguir los detalles de él. Adelánteme pues, para internarme en sus ruinosas bóvedas; pero el mismo pensamiento de que era víctima me ocurrió á la imaginación y me detuvo: podía desprenderse una piedra de lo alto de aquellas bóvedas y partirme la frente.

Al llegar á Arlés me encerré en mi cuarto. Saqué el santo de mi moral, le coloqué sobre la cómoda; me arrodillé delante de él, é hice una oración, lo que debo confesarlo, no me habia ocurrido hacia mucho tiempo. A la mañana siguiente, Boyer llevó mi santo á fin de reunirlo á diferentes objetos que habia espigado sobre mi camino, y que debían ir desde Avignon directamente á Paris. Si lo hubiese conservado en mi equipage probablemente no me hubiera atrevido á continuar mi camino.

Ahora confieso que hay tal vez una gran fatuidad de ánimo en haber contado esta historia; pero se la debia á mis lectores; porque como sintoma del corazón humano es tal vez, si no el mas interesante, al menos el mas curioso de todo el viage.

Consagramos el resto del día en tomar vistas de la ciudad, en sacar croquis de los monumentos; y á la mañana siguiente antes de amanecer nos pusimos en camino para Marsella.

CRAU Y CAMARGA.

Dos medios se ofrece al viajero para ir desde Arlés á Marsella: el camino de mar, y el camino por tierra. El camino de mar por el buque de vapor y el golfo de Lion: el camino de tierra por la *Carroza* ó lancha grande y el canal de Bouc. Tal vez se encontrará que el nombre dado á este último camino no se

justifica muy exactamente; pero se llama así: los caminos del Señor son profundos.

Un día fui yo á ver á casa de Mad. Saqui una pantomima llamada el *Buey rabioso*: era una obra muy bonita, de gran gusto literario; notable por su estilo elevado, y por sus hermosos pensamientos, y que habia recomendado mucho el *Diario de los Debates*. Desde la primera hasta la última escena aguardé en vano al interesante animal que habia dado nombre á la pieza.

Corrido el telon salí, y al salir pregunté á una acomodadora:

—¿Me hareis el favor de decirme, buena muger, por qué la pieza que acabo de ver se llama el *Buey rabioso*?

—Porque ese es su título, me respondió la acomodadora.

Volví á mi casa muy satisfecho con la explicación.

Como se nos dió un desayuno bastante malo á bordo de la Carroza, preguntamos donde podíamos comer: nos respondieron que podíamos comer en la ciudad de Bouc, ignorábamos todo lo que tiene de fantástico la tal ciudad de Bouc: subimos encima de nuestra Carroza, muy satisfechos con saber que comeríamos.

El objeto de nuestra ascension era el ver la perspectiva, porque la tierra del canal amontonada á derecha é izquierda forma una especie de parapeto, que hace que mientras está uno sobre el puente, crea que baja por una alcantarilla, porque nada se ve. El terreno, además, sin ser variado, es curioso, porque se tiene á la derecha la Camarga donde, segun el refran, no hallan los cazadores ni aun *pedras que tirar á sus perros*, y á la izquierda la *Crau*, que literalmente está empedrada de guijarros.

La *Camarga*, ó *Campo de Marius*. *Caii Marii Ager* (esta etimología es tan buena como cualquiera otra): es el delta del Ródano: esto quiere decir que los geógrafos le han hallado la forma de una *D* griega; y esto con tanta razon como Polibio habia hallado á la Italia la forma de un triángulo, Plinio la de una hoja de encina, y Mr. Piquet la de una bota: es una inmensa llanura pantanosa, que ha visitado el mar hace dos mil años, y que parece haber abandonado ayer. Rebaños inmemorables de caballos blancos y de toros negros, mas bravos y salvajes los unos que los otros, se hunden hasta la rodilla en un suelo cenagoso lleno de espesas plantas de un verde subido, y que de trecho en trecho se engalanan con grandes flores amarillas y encarnadas, con puatiagudos junco, y torcidos lamarices. De trecho en trecho tambien en medio de aquellas lagunas Pontinas de la Francia, se alza una pobre casa donde el cazador perdido en aquellas soledades está seguro de encontrar la hospitalidad del desierto. El aldeano no tiene mas que un poco

de pan y un poco de agua; empero de aquel pan y de aquella agua la mitad es del que tenga hambre, del que tenga sed.

La Camarga deshabitada é inhabitable como está, tiene, sin embargo, sus tradiciones religiosas y sus recuerdos históricos. Las unas se refieren á la aldea de las *Santas Marias*, que por abreviacion se llama la aldea de *las Santas*; y las otras á los caballeros de San Juan de Jerusalem.

La aldea de las Santas Marias, que en otro tiempo se llamaba *Nuestra Señora de la Mar*, debe su nuevo nombre al rey René. El rey René en su calidad de poeta, conocia la antigua leyenda provenzal que dice, que despues de la muerte de Cristo, los judios pusieron en un barco á María Magdalena, las dos Marias, María, Marcelo, sus criadas, Lázaro y Maximiano, y aprovechándose de una tempestad lanzaron aquel barco al mar para hacerlos perecer todos juntos. Pero Dios no abandonó á sus servidores: calmóse el mar; un viento apacible impelió la embarcacion lejos de la playa. Todo el tiempo de la travesía, que duró un mes, dos veces por día el Señor hacia llover su maná sobre el barco. Por último, en una hermosa tarde los santos varones y las santas mugeres abordaron á la punta mas avanzada de la Camarga en una pobre aldea habitada por algunos pescadores, María Magdalena se dirigió hácia el *Santo Balsamo*, María hácia *Tarascon*, donde hemos visto al pasar su sepulcro; San Maximino tomó el camino de Arlés, y San Lázaro el de Marsella; las dos Marias y Marcelo permanecieron en la aldea de *Nuestra Señora de la Mar*, donde murieron despues de haber convertido á sus habitantes á la fé cristiana.

No solo conocia esta leyenda el rey René si no que la habia puesto en verso; la habia puesto en música; la habia puesto en cuadro; cuando una noche queriendo darle una prueba inequívoca de su reconocimiento las santas mugeres de *Nuestra Señora de la Mar* se le aparecieron, y le mandaron que se pusiese á buscar sus reliquias, de las que le dieron las señas exactas, para que las sacase de la tierra, y las edificase un sepulcro digno de ellas. Como se deja conocer, el buen rey René no se hizo repetir la revelación. Al amanecer montó á caballo; cogiose al costado su limosnera, que llevaba siempre llena, y que volvía siempre vacía; cogió su *album* para sacar el croquis en el camino del rostro de alguna bonita aldeana; y se encaminó hácia *Nuestra Señora del Mar*.

Es escusado decir que el rey René encontró las reliquias en el punto indicado. Con este motivo el buen rey cambió el nombre de *Nuestra Señora de la Mar* en el de *Las Santas Marias*, mas apropiado desde entonces al tesoro que poseia.

La noticia del descubrimiento que acababa de hacer se esparció por toda la Francia, por